

EL MENTIROSO

Tobias Wolff

--Traducción de Mario Arrubla--

Mi madre leía todo lo que le caía bajo los ojos, menos libros. Avisos en los buses, menús de restaurantes, vallas publicitarias. Todo texto sin tapas le interesaba. Así que cuando encontró una carta en mi cajón que no estaba dirigida a ella, la leyó. “¿Qué importa, si James no tiene nada que ocultar?” –eso fue lo que pensó. Cuando terminó de leer, la puso de nuevo en el cajón y se paseó de habitación en habitación por la gran casa vacía, hablando sola. De nuevo sacó la carta y la leyó, para tener claros los hechos. Después, sin ponerse el abrigo ni cerrar la puerta, salió a la calle y se dirigió a la iglesia. Por confusa o rabiosa que estuviera, siempre iba a misa de cuatro, y en este momento eran las cuatro.

Era un bello día, azul, frío y tranquilo, pero mi madre caminaba como empujada por un fuerte viento, con el tronco echado hacia adelante y los pies un poco atrás moviéndose con pasos rápidos y cortos. A nosotros –mi hermano, mis hermanas y yo– nos parecía cómico su modo de andar, y cambiábamos sonrisas cuando la veíamos cruzar para atizar

el fuego o regar una planta. Sonreíamos a sus espaldas porque ella no concebía que pudiera haber nada divertido en su comportamiento. La única expresión de humor que se permitía era una risa forzada y repentina. Los extraños la miraban sorprendidos.

Mi madre estuvo rezando mientras esperaba al sacerdote, que llegó tarde. Oraba en un orden regular, siempre el mismo: primero por su difunto esposo, mi padre; luego por sus propios padres –muertos también. Rezaba una corta plegaria por los padres de mi padre (sólo por cumplir; nunca le gustaron) y finalmente por sus hijos en orden de edades, terminando conmigo. Mi madre no veía ninguna virtud en la originalidad y sus plegarias eran exactamente las mismas cada vez.

Pero cuando llegó a mi nombre dijo en voz alta, vivamente: “Creí que no iba a volver a hacerlo. El doctor Murphy dijo que estaba curado. ¿Qué voy a hacer ahora?” Su tono era de profundo disgusto. Había abrigado la esperanza de que yo estuviera curado. Miraba mi curación como un efecto de sus plegarias, y a manera de acción de gracias había enviado un montón de dinero a la Misión India Tomasita, dinero que originalmente había estado ahorrando para un viaje a Roma. Se sintió engañada y no ocultó sus sentimientos. Cuando apareció el sacerdote, mi madre se recostó en su asiento y siguió la misa con concentración. Después de comulgar se sintió de nuevo preocupada y regresó directamente a casa

sin pararse a hablar con Frances, la mujer que siempre la abordaba a la salida de la iglesia para contarle las cosas terribles que le hacían los comunistas, los adoradores del diablo y los rosacruces. Frances, frunciendo el ceño, vio alejarse a mi madre.

Una vez en casa, mi madre sacó de nuevo la carta del cajón y se fue con ella a la cocina. La sostuvo con la punta de los dedos sobre la estufa, apartando la mirada para no verla de nuevo, y la expuso al fuego. Cuando sus dedos empezaron a quemarse soltó la carta en el fregadero y la vio ennegrecerse y encogerse como un puño. Después lavó la pileta y llamó al doctor Murphy.

La carta estaba dirigida a mi amigo Ralphy, que vivía al frente de nuestra casa pero estaba de viaje en Arizona. La mayor parte de la carta versaba sobre un paseo que había hecho a Alcatraz con mis compañeros de tercer año de secundaria. Todo eso estaba bien. Lo que perturbó a mi madre fue el último párrafo donde le contaba a Ralphy que mi madre había estado tosiendo sangre y los doctores no sabían cuál era el problema, pero que nosotros esperábamos que todo saliera bien.

Eso de la tos con sangre no era verdad. Mi madre se enorgullecía mucho de sus condiciones físicas: “Yo soy fuerte como una mula”, decía siempre que le preguntaban por su salud. Durante los últimos años yo había dado a menudo en la ocurrencia de contar cosas desagradables que no eran

ciertas, y este defecto mío preocupaba profundamente a mi madre, tanto como para enviarme donde el doctor Murphy, en cuyo consultorio me encontraba en el momento en que ella estaba quemando la carta. El doctor Murphy, un viejo amigo de mis padres, era el médico de nuestra familia. Carecía de entrenamiento en psicoanálisis pero se interesaba en “asuntos de la mente”, como él decía. Me había tratado por apendicitis y amigdalitis, y mi madre creía que él era capaz de inculcarme el respeto de la verdad, de la misma manera que había extraído cosas de mi cuerpo –esperanza que el doctor Murphy no compartía. Estaba básicamente interesado en hacerme entender lo que yo hacía, y últimamente había llegado a la conclusión de que yo entendía lo que estaba haciendo tanto como era posible.

El doctor Murphy atendió la llamada de mi madre, que le contó el asunto de la carta y lo que había hecho con ella. A él le interesaba conocer exactamente las palabras que yo había empleado, y le molestó mucho que mi madre la hubiera quemado. “El hecho”, dijo ella, “es que se suponía que estaba curado, y no lo está”.

“Margaret, yo nunca he dicho que estaba curado”.

“Usted sí lo dijo. ¿Por qué cree que envié una donación de mil dólares a la Misión Tomasita?”

“Yo dije que él era responsable. Eso significa que James conoce el sentido de lo que hace, no que vaya a parar de hacerlo”.

“Le aseguro que usted dijo que estaba curado”.

“Nunca. Para decir que alguien está curado uno tiene que saber qué es la salud. Con esta clase de fenómenos ello no es posible. ¿Qué significa para usted curar a James, exactamente?”

“Usted lo sabe muy bien”.

“Dígamelo, en todo caso”.

“Hacer que vuelva a la realidad. ¿Qué otra cosa?”

“¿La realidad de quién? ¿La mía, la de usted?”

“Murphy, ¿de qué está hablando? James no está loco. Es un mentiroso”.

“Sí. Eso es verdad”.

“¿Qué voy a hacer con él?”

“Yo no creo que pueda hacer mucho. Tener paciencia”.

“Yo he tenido paciencia”.

“Si yo fuera usted, Margaret, no armaría tanto alboroto por algo así. James no roba, ¿verdad?”

“Por supuesto que no”.

“No es violento; no replica con grosería”.

“No”.

“Entonces, hay muchas cosas por las cuales usted debería estar agradecida”.

“Yo no creo que pueda aguantar más. Ese cuento de la leucemia del verano pasado. Y ahora esto”.

“Con el tiempo madurará, pienso”.

“Murphy, él tiene dieciséis años. ¿Qué tal que continúe con esa retahíla de imaginerías absurdas? ¿Qué tal que empiece a contar cosas todavía más morbosas?”

Finalmente mi madre vio que no iba a obtener ninguna satisfacción del doctor Murphy, quien siguió recordándole las cosas por las que debía estar agradecida. Mi madre dijo algo cortante, él contestó con un tono digno, y ella colgó. El doctor Murphy miró el receptor. “Hola”, dijo, y lo volvió a colocar en su base. Se pasó la mano por la cabeza, un hábito que le quedaba de cuando tenía pelo. Para mostrar que no le importaba la calvicie, a veces hacía chistes sobre ella, pero yo tenía la impresión de que en el fondo lo atormentaba un poco. Mirándome a través del escritorio, seguramente deseaba no haberme tomado como paciente. Tratar al hijo de una persona cercana era como invertir el dinero de un amigo.

“Creo que no tengo que decirle quién era”.

Asentí.

El doctor echó hacia atrás su silla y la hizo girar de manera que quedó mirando la ventana, que ocupaba buena parte de la pared. Había todavía algunos veleros en la bahía, pero todos venían hacia la playa. Una neblina gris cubría el puente y se espesaba por momentos. El agua parecía calmada a la

distancia, pero cuando me fijé bien pude ver salpicaduras blancas por todas partes, o sea que debía estar algo picada.

“Usted me sorprende”, dijo. “Dejar por ahí una cosa así, para que su madre pueda verla. Si usted realmente tiene que hacer esas cosas, podría por lo menos ser amable y hacerlo discretamente. Para su madre no es fácil, con su esposo muerto y los demás hijos ausentes”.

“Yo sé. Yo no quería que la encontrara”.

“Bien”. Se tocó los dientes con el lápiz. Profesionalmente no parecía satisfecho, pero personalmente se mostró conforme. “Creo que debe ir a casa y arreglar las cosas”.

“Sí. Creo que es lo mejor”.

“Dígale a su mamá que es posible que vaya por allá esta noche o mañana. —Y James... no la subestime”.

Cuando mi padre vivía, íbamos usualmente a Yosemite por tres o cuatro días en el verano. Mi madre conducía y mi padre señalaba los lugares de interés, praderas donde una vez hubo poblados, árboles que habían sido utilizados como horca, ríos cuyas aguas fluían contra corriente en ciertas épocas del año. O leía para nosotros; tenía esa idea propia de los adultos de que a los niños les gustaban Dickens y Sir Walter Scott. Los cuatro hijos nos sentábamos atrás con los rostros serios y atentos, mientras las manos y los pies empujaban, apretaban, pisaban, toqueteaban, pegaban, pinchaban y pateaban.

Una noche vino un oso a nuestro camping después de comida. Mi madre había hecho una cacerolada de atún, y el oso, atraído por el olor, consideró que valía la pena arriesgarse. Entró al camping mientras estábamos sentados en torno al fuego y se puso a balancearse hacia atrás y hacia delante. Mi hermano Michael lo vio y me codeó, luego lo vieron mis hermanas y empezaron a gritar. Mis padres lo tenían detrás, pero mi madre adivinó de qué se trataba porque dijo inmediatamente: “No griten así. Podrían asustarlo, y no se sabe qué puede hacer. Simplemente cantemos, y se irá”.

Cantamos “Rema, rema, rema tu barca”, pero el oso siguió allí. Dio varias vueltas alrededor de nosotros, enderezándose sobre sus patas traseras para olisquear el aire. A la luz del fuego yo podía ver su rostro perruno y sus músculos bajo su floja piel, como piedras dentro de un saco. Cantamos más alto mientras caminaba en torno, cada vez más cerca. “Muy bien”, dijo mi madre. “Suficiente”. Se puso de pie abruptamente. El oso dejó de moverse y la miró. “¡Lárgate!”, dijo mi madre. El oso se sentó y se puso a mirar de un lado a otro. “¡Lárgate!”, repitió mi madre, y se agachó y cogió una piedra.

“No, Margaret”, dijo mi padre.

Ella arrojó la piedra con fuerza y golpeó al oso en el estómago. Incluso bajo la escasa luz pude ver el polvo que salió del cuero. El oso gruñó y se enderezó por completo. “¿Ven eso?” gritó mi madre. “¡Es asqueroso. Asqueroso!” Una de

mis hermanas emitió una risita. Mi madre cogió otra piedra. “Por favor, Margaret”, dijo mi padre. En ese mismo momento el oso se dio vuelta y se alejó caminando desgarrado. Mi madre lanzó la piedra tras de él. Por el resto de la noche el oso estuvo merodeando por el camping hasta que encontró el árbol donde habíamos puesto nuestros alimentos. Se los comió todos. Al día siguiente regresamos a la ciudad. Podríamos haber comprado nuevos alimentos en el valle, pero mi padre quería marcharse y no estaba dispuesto a ceder ante ningún argumento. En el camino de regreso trató de animarnos a todos haciendo chistes, pero Michael y mis hermanas lo ignoraron y mantuvieron la vista fija en las ventanillas.

Las cosas nunca fueron fáciles entre mi madre y yo, pero no es que yo la subestimara. Ella sí me subestimaba a mí. Cuando era niño, mi madre parecía mirar con desagrado mi delicadeza: yo no soportaba que me lanzaran al aire, y cuando la veía a ella y a los otros alborotando, yo buscaba la manera de apartarme. Las veces que me arrastraban a sus brusquedades yo siempre salía con alguna herida, un rodillazo en el labio, un dedo doblado, sangre en la nariz, y ello también disponía a mi madre contra mí, como si yo propiciara mis heridas para hurtarme a los juegos rudos.

Incluso las cosas que yo hacía bien le crispaban los nervios. A todos nosotros nos encantaban los juegos de palabras,

menos a mi madre, que no los captaba. Después de mi padre, yo era el mejor de la familia en esos juegos. Mi especialidad eran los “swifties”, una frase corriente, a menudo de sentido ambiguo, seguida de un complemento discordante —“‘Pueden bajar al prisionero’, dijo Tom, condescendiente”.* Durante las comidas, mi padre me alentaba a desplegar mis habilidades para los juegos verbales, lo cual debía ser un tormento para ocasionales invitados. Mi madre no entendía bien en qué consistía el asunto, pero no le gustaba.

Desconfiaba de mí de otras maneras. Yo no podía ir a cine sin que ella me examinara los bolsillos para asegurarse de que llevaba suficiente dinero para el tiquete. Una vez que fui de camping en un paseo de la escuela, revisó mi maleta a la vista de todos los muchachos que esperaban en el bus al frente de la casa. Yo habría preferido irme sin mi bolsa de dormir y sin mudas de ropa interior, que había olvidado, antes que representar ese papelón ante mis amigos. Su desconfianza era lo que me hacía olvidadizo.

Por lo que sucedió el día de la muerte de mi padre y luego en el funeral, ella creía que yo era un muchacho sin corazón. No lloré ni tuve la debida compostura en la ceremonia funeraria, dando signos de aburrimiento durante el panegírico y

*Bajar significa también abatir.

moviendo las manos durante los himnos. Mi madre puso mis manos en mi regazo, y yo las dejé allí sin moverlas como si fueran cosas que yo estuviera guardando para alguien. El efecto era irónico y ella se molestó por ello. Pocos días después tuvimos una suerte de reconciliación después de que cerré los ojos en la escuela y no quise volver a abrirlos. Cuando varios profesores y el director no pudieron persuadirme de que los mirara o de que echara un vistazo a una recompensa que estaban ofreciéndome, me llevaron donde la enfermera de la escuela que trató de levantarme los párpados a la fuerza y me rasguñó un ojo horriblemente. El ojo se me inflamó, y quedé como paralizado. El director entró en pánico y llamó a mi madre, quien vino a recogerme y me llevó a casa. Yo no le hablé, ni abrí los ojos, ni salí de mi rigidez, y tuvieron que meterme en el asiento trasero. Cuando llegamos a casa mi madre tuvo que subirme por los escalones, uno a uno. Luego me depositó en el sofá y tocó el piano para mí durante toda la tarde. Finalmente abrí los ojos. Nos abrazamos el uno al otro y lloramos largamente. Mi madre no creía realmente en mi llanto, pero estaba dispuesta a acogerlo con gusto porque yo lo representaba en consideración a ella.

Mis mentiras nos separaban también, así como el hecho de que mis promesas de no volver a mentir no parecían significar nada para mí. A menudo mis mentiras recaían vergonzosamente sobre ella, cuando la gente la paraba en la calle y le

expresaba, para su gran perplejidad, que lamentaban mucho lo que había sucedido. A nadie en el vecindario le gustaba avergonzar a mi madre, así que cuando la gente llegó a conocerme esas situaciones dejaron de presentarse. Ese no era el caso con extraños, sin embargo. El verano siguiente a la muerte de mi padre visité a un tío en Redding, y cuando llegué de regreso descubrí para mi sorpresa que mi madre había venido a mi encuentro a la estación. Traté de esquivar al caballero con el que había estado conversando en el bus, pero no pude sacudírmelo. Cuando vio que mi madre me abrazaba, el caballero se acercó y le entregó una tarjeta diciéndole que podía ponerse en contacto con él si las cosas se ponían peor. Ella, irritada, le devolvió la tarjeta y le dijo que se ocupara de sus propios asuntos. Más tarde, en el camino a casa, me obligó a confesar lo que le había dicho a mi compañero de asiento. Sacudió la cabeza: “No está bien decir esas cosas. Eso confunde a la gente”. A mí me parecía que no había sido yo sino mi madre quien había hundido en la confusión a un caballero bienintencionado, pero no dije nada. Acepté que yo no debía decir esas cosas y le prometí que no lo volvería a hacer, promesa que rompí tres horas después en una conversación con una mujer en el parque.

No eran solamente las mentiras lo que perturbaba a mi madre; era su morbidez. Ese era el verdadero problema entre nosotros, como había ocurrido entre ella y mi padre. Mi madre hacía trabajos voluntarios para el Hospital de Niños y

los comedores de San Antonio, y recogía cosas para la Sociedad de San Vicente de Paúl. Le gustaba prender velas, y los actos de devoción. Mi hermano y mis hermanas salieron a ella en eso. Por el contrario, mi padre era un blasfemo, maldecía por cualquier cosa. Nunca se sentía más vivo que cuando se indignaba por algo. Por esta razón el momento más importante del día era para él la lectura del periódico de la tarde.

El nuestro era un periódico terrible, ajeno por completo a las preocupaciones de la ciudad donde se vendía, indiferente a los descubrimientos médicos –excepto a temas como la invención de nuevos gases que lo dejaban a uno medio muerto cuando los aspiraba– e indiferente a la política y el arte. Los temas que llenaban sus páginas eran el escándalo, el horror, los incidentes espantosos. Cuando él se sentaba a leer el periódico en la sala, mi madre se quedaba en la cocina y procuraba mantener ocupados a los niños, excepto a mí, porque yo era muy tranquilo y se podía confiar que encontraría de qué ocuparme. Yo me divertía mirando a mi padre.

Se sentaba con las rodillas separadas, inclinado hacia delante, con el periódico casi pegado a los ojos. Mientras leía afirmaba con gestos de cabeza. A veces lanzaba maldiciones y arrojaba el periódico; se paseaba un momento por la sala y volvía recoger el periódico. Y comenzaba lo mismo. En una época cogió la costumbre de leer para mí en voz alta. Empe-

zaba siempre con la sección de sociedad, que él llamaba la página de los parásitos. Esa sección comenzó a adquirir el carácter de una tira cómica o un serial –las mismas personas exhibiéndose un día y otro, con trajes de chifón, levantando artificiosamente sus bebidas en favor de los huérfanos de la Península, sonriendo en las Sierras bajo grandes anteojos de sol cerca de un refugio de esquí. Los esquiadores llevaban al máximo la exasperación de mi padre, tal vez porque no podía entenderlos. Esa actividad misma era inconcebible para él. Una ocasión en que mis hermanas pasaron un fin de semana de invierno con algunos amigos en el Lago Tahoe y volvieron muy excitadas con la belleza del lugar, mi padre les hizo bajar el tono con una frase: “La nieve”, les dijo, “está sobrevalorada”.

Luego venían las noticias, o lo que en el periódico aparecía como noticias: cuerpos desenterrados en Escocia, ex-nazis o idiotas que ganaban elecciones, animales raros sacrificados, avaros que expiraban desnudos en habitaciones heladas sobre colchones repletos de dólares; sacerdotes que se casaban, actrices que se divorciaban, grandes magnates petroleros que construían fantásticos mausoleos en honor de su caballo favorito, casos de canibalismo. Mi padre vadeaba todo ese fango con una sonrisa burlona y cansada.

Mi madre le aconsejaba que abrazara alguna causa, que se uniera a algún grupo, pero él no le hacía caso. Se sentía incó-

modo con personas ajenas a la familia. Mi madre y él casi nunca salían, aunque recibían algunas visitas, especialmente en los días de fiesta nacional. Sus visitantes eran siempre los mismos, el Doctor Murphy y su esposa, y algunas otras personas que mis padres habían conocido desde la infancia. La mayoría de esos visitantes no se veían entre sí fuera de nuestra casa y no parecían sentirse a gusto juntos. Mi padre aprovechaba su función de anfitrión para recordarles, a manera de tomadura de pelo, cosas estúpidas que ellos habían dicho o hecho en el pasado, obligándolos a reírse a costa de sí mismos.

Aunque mi padre no bebía, le encantaba preparar cocteles para sus visitantes. Nunca servía bebidas corrientes, como un ron con Coca-Cola o un whisky con hielo, sólo bebidas de su propia invención. Les daba nombres como “El Abogado Defensor”, “El Juez Ahorcador”, “El Picapleitos”, “El Portavoz”, y describía en detalle su composición. Contaba largas y complicadas historias en un susurro, obligando a sus oyentes a inclinarse hacia él, y repetía las líneas más importantes; también repetía los datos principales de las historias que mi madre contaba, y la corregía cuando cometía algún error. Cuando los visitantes, a su vez, contaban sus propias historias, él sacaba la moraleja.

El doctor Murphy conocía varias anécdotas sobre mi padre, que acostumbraba contarme durante nuestros encuentros. Por esa época el doctor Murphy había cambiado

sus gafas por lentes de contacto, y había perdido peso por los ayunos que hacía regularmente. A pesar de su calvicie, parecía más joven que cuando venía a las reuniones de nuestra casa. Ciertamente no parecía de la misma edad que mi padre, como en realidad lo era.

Una de las teorías del doctor Murphy era que mi padre mostraba un rasgo clásico de las personas que habían sido niños superdotados: ese rasgo lo llevaba a asumir posiciones poco exigentes en empresas desprovistas de interés. “Le horroriza descubrir sus límites”, me dijo el doctor Murphy. “Mientras se dedique a poner sellos en documentos y a hacer testamentos, podrá seguir creyendo que no tiene límites”. La fascinación del doctor Murphy con mi padre me ponía incómodo y me hacía sentir traidor escuchándolo. Mientras vivió, mi padre jamás se sometió a un análisis; me parecía una traición ponerlo en el diván ahora que estaba muerto.

Pero me gustaban los recuerdos del doctor Murphy sobre la infancia de mi padre. Me contó algo que había sucedido cuando estaban en los Boy Scouts. El grupo había hecho una larga caminata y mi padre se había quedado atrás. El doctor Murphy y otros decidieron tenderle una emboscada cuando venía bajando. Se ocultaron en el bosque a ambos lados del camino y esperaron. Pero cuando mi padre llegó a la altura de la trampa nadie se movió ni emitió sonido alguno, y él continuó andando sin saber que ellos estaban al acecho. “Tenía la expresión más dulce en el rostro”, dijo el Doctor

Murphy, “escuchando los pájaros, oliendo las flores, como Ferdinando El Toro”. También me dijo que los cocteles que preparaba mi padre sabían a remedio.

Cuando llegué a casa en bicicleta de regreso del consultorio del doctor Murphy, mi madre estaba muy irritada. Se sentía terriblemente sola, pero no quería apelar a nadie en el estado en que se encontraba. Simplemente se sentía una fracasada. Mis mentiras tenían ese efecto en ella. Las tomaba personalmente. En esas ocasiones no pensaba en mis hermanas, una felizmente casada, la otra exitosa en sus estudios. No pensaba en mi hermano Michael, que había dejado el colegio para irse a Los Ángeles a trabajar con niños escapados. Pensaba en mí. Y llegaba a la conclusión de que había fracasado en la crianza de su familia.

En realidad, ella había manejado bien la familia. Cuando mi padre estaba muriendo, ella nos reunió a todos en la planta baja. Hizo una lista de las faenas por realizar, y nos asignó a cada uno cierta suma de dinero. Fijó las horas para las tareas escolares así como las horas de ir a la cama. Cada hijo sería responsable del hermano menor que le seguía, y a mí me correspondió el perro. Frecuentemente nos decía que nos amaba. En relación con las comidas se esperaba que cada uno contribuyera haciendo algo, y después de la comida ella tocaba el piano y trataba de enseñarnos a cantar de manera armónica, cosa que yo no podía. Mi madre, que era una

admiradora de la familia Trapp, consideraba mi incapacidad como un grave defecto de carácter.

Nuestra vida familiar era más ordenada, más sana, ahora que mi padre estaba a punto de morir. Él nos imponía reglas, no muy diferentes de las establecidas por mi madre después de que él se enfermó, pero las aplicaba de manera poco rigurosa. Aunque se suponía que cada uno de nosotros tenía asignada una cierta suma de dinero, siempre teníamos que pedírsela, y después nos daba demasiado porque le gustaba aparecer como magnánimo. A veces nos castigaba sin razón, porque estaba de mal humor. Cuando una de mis hermanas estaba a punto de salir para un baile, era capaz de decidir a última hora que mejor permaneciera en casa e hiciera algo en favor de su educación. O modificaba todo lo programado para llevarnos un miércoles en la noche a patinar en el hielo.

Cambió después de que supo que tenía cáncer, y se volvió más tranquilo cuando la enfermedad se propagó. Dejó de molestarnos, y de tiempo en tiempo era posible tener una conversación con él que no fuera sobre la última cosa que lo había enojado. Dejó de leer el periódico y pasaba el tiempo en la ventana.

Él y yo nos hicimos más cercanos. Me enseñó a jugar póquer y a veces me ayudaba con las tareas. Pero no fue la enfermedad lo que nos acercó. La reserva entre nosotros había empezado a romperse después del incidente con el oso, de regreso a casa. Michael y mis hermanas estaban furiosos con

él por obligarnos a partir tan pronto, y no lo miraban ni le hablaban. Él respondía bromeando: aunque había sido una fea experiencia, no deberíamos hacer el oso tomándola demasiado en serio –y otros juegos de palabras por el estilo. Sus bromas les parecían perversas a los otros, pero no a mí. Yo había notado lo aterrado que estaba mi padre cuando el oso apareció en el camping. Se había quedado completamente quieto, y temblaba. Cuando mi madre comenzó a tirarle piedras al oso, pensé que mi padre estaba a punto de echarse a correr. Yo también estaba aterrado. Los demás, cuando se acostumbraron a ver el oso dando vueltas cerca del camping, lo tomaron como una diversión, pero mi miedo y el de mi padre aumentaron a medida que avanzaba la noche. Me sentí aliviado cuando nos largamos, agradecido con mi padre por decidirlo. Vi que sus chistes al regreso eran un intento de manejar la situación frente a la familia. Mostré mi solidaridad con él intentando una broma: “Hay un oso afuera”, dijo Tom, muy atento”. Todos me miraron fríamente. Creyeron que yo trataba de ganarme a mi padre. Mi padre sonrió.

Cuando yo pensaba en otros muchachos que eran cercanos a sus padres, los imaginaba cazando juntos, pateando un balón, construyendo pajareras en el sótano, y conversando sobre muchachas, guerras, carreras. Tal vez la razón por la cual tardamos tanto en acercarnos fue esa idea de cierta manera convencional que yo me había formado. Con dicha

idea de por medio era difícil ver lo que realmente nos unía, que era una especie de miedo compartido.

Hacia el final mi padre se la pasaba durmiendo la mayor parte del tiempo, y yo lo cuidaba. A veces, desde abajo, débilmente, nos llegaban las notas del piano tocado por mi madre. Ocasionalmente él cabeceaba sentado en su silla mientras yo le leía; su bata de baño se abría entonces, y yo veía la nueva cicatriz en su estómago, de un color rojo sangre sobre su piel blanca. Se le marcaban las costillas y tenía las piernas secas.

Una vez leí la biografía de un gran hombre que había “muerto bien”. Supongo que con ello el escritor había querido decir que el gran hombre había callado sus dolores, sin producir falsas alarmas ni crear problemas a aquellos que iba a dejar atrás. Mi padre murió bien. Su irritabilidad dio paso a otra cosa, algo parecido a la serenidad. En sus últimos días se volvió tierno. Era como si hubiera estado ensayando la escena, como si sus rabias de toda la vida hubieran sido una especie de miedo escénico. Manejó a su audiencia –a nosotros– con el tino de un actor experimentado, que sabe cuándo payasear y cuándo mantenerse digno. Todos estábamos conmovidos, y admirábamos su coraje, como él quería que lo hiciéramos. Murió el día de Año Nuevo en el primer piso, bajo un rayo de sol crepuscular, mientras yo le leía. Yo estaba solo en la casa y no sabía qué hacer. Su cuerpo no me

atemorizaba, pero de manera inmediata, con un sentimiento agudo, advertí que extrañaba a mi padre. Me pareció que estaba mal dejarlo allí sentado, y traté de llevarlo arriba al dormitorio, pero era demasiado pesado para mí. Entonces fui a buscar a mi amigo Ralphy, que estaba en su casa, solo. Cuando vio para qué lo necesitaba, comenzó a llorar, pero me ayudó de todos modos. Dos horas después mi madre llegó a casa y cuando le dije que mi padre había muerto, corrió escaleras arriba, gritando su nombre. Pocos minutos después volvió abajo. “Gracias a Dios”, dijo, “por lo menos murió en su cama”. Como vi que a ella esto le parecía muy importante, me abstuve de corregirla. Pero esa misma noche los padres de Ralphy llamaron a mi casa. Estaban horrorizados, dijeron, por lo que yo había puesto a hacer a su pobre hijo. Mi madre, cuando conoció la historia, se mostró a su vez escandalizada y furiosa. ¿Por qué? ¿Porque yo no le había dicho la verdad? ¿O porque ella ahora conocía la verdad y no podía seguir creyendo que mi padre había muerto en su cama? Realmente no lo sé.

“Madre”, dije entrando en la sala, “siento lo de la carta. Lo siento realmente”.

Estaba arreglando la madera en la chimenea y no me miró ni habló durante un momento. Finalmente terminó lo que estaba haciendo y se limpió las manos. Dio unos pasos atrás y miró la chimenea en la que había estado trabajando.

“Me quedó bien, ¿eh?”, dijo. “Nada mal para una tuberculosa”.

“Madre, lo siento”.

“¿Lo sientes? ¿Sientes lo que escribiste o que yo lo haya encontrado?”

“Yo no pensaba enviarlo. Era una especie de chiste”.

“¡Ja!” Tomó la escoba y barrió los restos de madera junto a la chimenea, luego corrió las cortinas y se sentó en el sofá. “Siéntate”, dijo. Cruzó las piernas. “¿Piensas que me la paso dándote consejos todo el tiempo?”

“Sí”.

“¿Realmente?”

Asentí.

“Bueno, ese no es el problema. Posiblemente lo hago. Soy tu madre. Te voy a aconsejar algo más. Es por tu propio bien. No tienes por qué estar inventando historias sobre enfermedades y muertes. Son cosas que sucederán de todos modos”. Jugueteeó con el dobladillo de su falda. “¿Entiendes lo que te estoy diciendo?”

“Creo que sí”.

“Te estás engañando a ti mismo, es lo que estoy tratando de decirte. Cuando tengas mi edad, no vas a saber nada de nada. Todo lo que sabrás de la vida es la sarta de ficciones que te has inventado”.

Pensé en eso. Parecía lógico.

Continuó: “Pienso que tal vez necesitas salir fuera de ti mismo. Pensar más en otras personas”.

Sonó el timbre de la casa.

“Ve a ver quién es”, dijo mi madre. “Hablabamos de eso después”.

Era el doctor Murphy. Él y mi madre intercambiaron saludos y disculpas, y ella insistió en que él se quedara a comer. Fui a la cocina a traer hielo para sus bebidas, y cuando regresé estaban hablando de mí. Me senté en el sofá y escuché. El doctor Murphy le estaba diciendo a mi madre que no debía preocuparse. “James es un buen chico”, dijo. “He estado pensando en mi primogénito, Terry. No es que sea deshonesto, pero tampoco es una persona verdaderamente honesta. Yo no puedo llegar a él. Por lo menos, James no es solapado”.

“No”, dijo mi madre, “nunca ha sido solapado”.

El doctor Murphy juntó sus manos entre sus rodillas y las miró. “Bueno, Terry es así. Solapado”.

Antes de sentarnos a comer mi madre pronunció una oración de gracias. El doctor Murphy inclinó la cabeza, cerró los ojos y se persignó, aunque había perdido la fe desde sus años de universidad. Bebió un buen trago de vino y de manera persistente trajo a la conversación el tema de sus relaciones con Terry. Admitió que el muchacho había llegado a disgustarle. Mencionó luego a varios de sus pacientes por sus nombres. Mi madre y yo conocíamos a algunos de ellos,

y el doctor no dejó de observar que también le disgustaban. Usaba la palabra “disgustar” casi regodeándose, como alguien en dieta que se permite unas papitas fritas. “Yo no sé qué hice mal”, dijo abruptamente, sin referirse a nada en particular. “También es posible que no haya hecho nada equivocado. Mejor dicho, no sé qué pensar. Nadie lo sabe”.

“Yo sé qué pensar”, dijo mi madre.

“Es como el solipsista. ¿Cómo se le puede probar a un solipsista que él no está creando las personas y cosas que lo rodean?”

Ese era uno de los acertijos preferidos del doctor Murphy, y lo traía a cuento casi con cualquier pretexto. Como un niño haciendo trucos con una carta.

“Envíelo a la cama sin comer”, dijo mi madre. “Que su mente cree la comida”.

El doctor Murphy se volvió de repente hacia mí. “Por qué lo haces?” preguntó. Era una pura pregunta, sin más objeto que la satisfacción de su curiosidad. Mi madre me miró y había la misma curiosidad en su rostro.

“Yo no sé”, dije, y esa era la verdad.

El doctor Murphy asintió con la cabeza, no porque hubiera anticipado mi respuesta sino porque la aceptaba. “¿Es divertido?”

“No. No sé explicarlo”.

“¿Por qué todo tiene que ser tan triste?”, preguntó mi madre. “¿Por qué todas esas imagerías sobre enfermedades?”

“Tal vez”, dijo el doctor Murphy, “las cosas tristes son más interesantes”.

“Para mí no”, dijo mi madre.

“Para mí tampoco”, dije. “Simplemente, ocurre así”.

Después de comer, el doctor Murphy le pidió a mi madre que tocara el piano. En particular, él quería cantar “Vuelve a casa, Abbie; hay luz en la escalera”.

“Esa antigualla”, dijo mi madre. Se levantó, dobló cuidadosamente su servilleta y la seguimos a la sala. Mientras mi madre calentaba, el doctor Murphy se paró detrás de ella. Cantaron “Vuelve a casa Abbie, hay luz en la escalera”, y vi al doctor mirar a mi madre atentamente, como si tratara de recordar algo. Los ojos de mi madre estaban cerrados. Después de eso cantaron “O Magnum Mysterium”. Cantaban a varias voces y lamenté no poder cantar con ellos; sonaba tan bello.

“Vamos, James”, dijo el doctor Murphy cuando mi madre tocaba los últimos acordes. “¿No te gustan estas viejas tonadas?”

“Él no sabe cantar”, dijo mi madre.

Cuando se fue el doctor Murphy, mi madre alimentó la chimenea e hizo más café. Se tendió en la gran silla, extendió las piernas y movió los pies adelante y atrás.

“Estuvo divertido”, dijo.

“¿Tú y mi padre hacían sesiones así?”

“Algunas veces, cuando empezamos a salir. No creo que realmente le gustara. Era como tú”.

Me pregunté si mis padres habían tenido un buen matrimonio. Él la admiraba y gozaba mirándola; todas las noches a la hora de la comida nos hacía mover un poco los candeleros hacia derecha e izquierda de modo que él pudiera verla a través de la mesa. Y todas las noches cuando arreglaba la mesa ella colocaba de nuevos los candeleros en el centro. No parecía que ella lo extrañara especialmente. Pero en realidad yo no tenía forma de saberlo, y de todos modos yo mismo no lo extrañaba tanto como debiera. La mayor parte del tiempo pensaba en otras cosas.

“¿James?”

Esperé.

“He pensado que podrías irte donde Michael y estar con él un par de semanas”.

“¿Y la escuela?”

“Yo hablo con el Padre McSorley. A él eso no le importa. Tal vez este problema se arregla por sí solo si piensas en otras personas”.

“Yo lo hago”

“Quiero decir, ayudándoles, como hace Michael. No tienes que ir, si no quieres”.

“Por mí, está bien. Realmente. Me gustaría ver a Michael”.

“No es que quiera librarme de ti”.

“Yo sé”.

Mi madre se estiró, luego recogió las piernas. Sorbió ruidosamente su café. “¿Qué significa exactamente esa palabra que usa Murphy? ¿La conoces?”

“¿Paranoide? Es cuando alguien cree que todos lo persiguen. Como esa mujer que siempre se te acerca después de la misa. Frances”.

“No. Paranoide, no. Todo el mundo sabe lo que significa. Sol...algo”.

“Ah, solipsista. Un solipsista es el que piensa que él crea todo lo que lo rodea”.

Mi madre asintió y sopló su café, luego lo puso en la mesa sin beberlo. “Sería mejor ser paranoide. ¿Crees que Frances lo es?”

“Por supuesto. No cabe duda”.

“Quiero decir, ¿realmente enferma?”

“Eso es ser paranoide, estar enfermo. ¿Tú qué creías?”

“¿Por qué pareces enfadado?”

“Yo no estoy enfadado”. Bajé la voz: “Pero tú, tan amiga de la verdad, no te tragas todas esas imagerías que ella te cuenta, ¿verdad?”

“Bueno, realmente no. Yo no creo que ella sepa lo que está diciendo, simplemente desea que alguien la escuche. Probablemente vive sola en un pequeño cuarto. Así que es paranoide. Piensa en eso. Y yo no tenía idea. James, tenemos que rezar por ella. ¿Te acordarás de hacerlo?”

Asentí. Pensé en mi madre cantando “O Magnum Mysterium”, bendiciendo la mesa, demandando bienes en sus oraciones con absoluta confianza, y se me ocurrió que su capacidad de imaginación era mayor que la mía. Le resultaba fácil concebir las cosas juntándose, no disgregándose y deshaciéndose. Me miró, y me puse en guardia. Sabía exactamente lo que iba a decirme. “Hijo mío”, dijo, “¿no sabes lo mucho que te amo?”

La tarde siguiente tomé el bus para Los Ángeles. Contemplé con gusto la perspectiva del viaje, la monotonía de la carretera, y los campos vacíos a los dos lados de la vía. Mi madre me acompañó por el largo vestíbulo. La estación estaba llena y el ambiente era opresivo. “¿Estás seguro de que este es tu bus?”, me preguntó en la plataforma de abordaje.

“Sí”.

“Se ve tan viejo”.

“Madre—”

“Muy bien”. Me atrajo hacia ella y me besó, luego me retuvo un momento más para mostrar que su abrazo era sincero, no como el de todo el mundo, sin darse cuenta de que todo el mundo hacía la misma cosa. Abordé el bus y cambiamos numerosos gestos de despedida, hasta que pareció exagerado. Acomodé mi maleta en la rejilla arriba de mi asiento, me senté y cambiamos sonrisas a través de la ventanilla. El conductor encendió el motor y se dio vuelta para contar los

pasajeros, y otra vez agitamos las manos cuando el bus empezó a moverse. Cuando el bus se puso en marcha mi madre y yo nos miramos con expresión de alivio.

Había tomado el bus equivocado. Este iba también para Los Ángeles, pero no era expreso. Paramos en San Mateo, Palo Alto, San José, Castroville. Cuando salimos de Castroville empezó a llover; mi ventanilla no cerraba bien y un hilo de agua se escurrió por mi asiento. Para evitar mojarme tuve que apartarme de la ventanilla y sentarme inclinado hacia delante. La lluvia arreció. El motor del bus sonaba como si fuera a estropearse.

En Salinas el hombre que dormitaba a mi lado se levantó. Antes de que yo tuviera tiempo de moverme en el asiento, el espacio vacante y seco fue ocupado por una mujer enorme con un vestido estampado. La mujer tomó posesión del asiento y desparramó su humanidad hasta ocupar la mitad del mío, empujándome contra la ventanilla. “Es una tormenta”, dijo en voz alta, luego se dio vuelta y me miró. “¿Tienes hambre?” Sin esperar respuesta buscó en su bolsa, sacó una presa de pollo y me la alargó. “Por Dios”, casi gritó, “miren al muchachito cómo devora ese muslo”. Algunos pasajeros miraron y sonrieron. Yo también sonreí y continué comiendo. Terminé la presa y ella me alargó otra, y luego otra. Después la mujer comenzó a ofrecerles piezas de pollo a los pasajeros de los asientos cercanos.

Saliendo de San Luis Obispo el extraño ruido del motor aumentó de repente, y de manera igualmente repentina se silenció. El conductor orilló el bus y salió afuera, luego volvió escurriendo agua. Entonces nos comunicó que el motor se había dañado y que iban a enviar otro bus a recogernos. Alguien preguntó cuánto podía demorar eso, y el conductor dijo que no tenía idea. “Hay que tener paciencia”, dijo la mujer sentada a mi lado. “El que tenga prisa de llegar a Los Ángeles va a pasar un mal rato”.

El viento soplaba fuertemente en torno al bus y ráfagas de lluvia azotaban las ventanillas. El bus se balanceaba suavemente. Afuera la niebla era opaca y densa. La mujer a mi lado empezó a preguntarles sus itinerarios a los pasajeros cercanos, anotando si conocía o no los lugares mencionados por ellos. Me dio una palmada en la rodilla. Aludiendo a mi voraz apetito dijo riendo: “Tus padres deberían tener un gallinero. Sería bueno”. Le dije que yo residía en San Francisco. “¿San Francisco? Allá es donde estaba destinado mi esposo”. Me preguntó qué hacía en esa ciudad y le respondí que trabajaba con refugiados del Tíbet.

“¿De verdad? ¿Y qué haces tú con una partida de tibetanos?” preguntó la mujer.

“Me parece que hay muchos otros lugares adonde podrían ir”, dijo un hombre cerca de nosotros. “¿Por qué tienen que venir aquí? Nosotros no vamos allá”.

“¿Qué haces tú con una partida de tibetanos?”, volvió a preguntar la mujer.

“Buscarles empleo, conseguirles casa, escuchar sus problemas”.

“¿Tú entiendes lo que dicen?”

“Sí”.

“¿Y hablas?”

“Muy bien. Yo nací y fui criado en el Tíbet. Mis padres eran misioneros allá”.

Todos quedaron en suspenso. Después de un corto silencio, dije en voz baja:

“Los mataron los comunistas cuando invadieron el Tíbet”.

La mujer me dio palmaditas en el brazo.

“Está bien”, dije.

“¿Por qué no dices algo en tibetano?”

“¿Qué quiere que diga?”

“Di: La vaca saltó sobre la luna”. Me escuchó sonriendo, y cuando terminé de decirlo miró a los otros y sacudió la cabeza. “Eso es bello. Parece música. Di algo más”.

“¿Qué?”

“Cualquier cosa”.

Se inclinaron hacia mí. Las ventanillas estaban cegadas por la lluvia. El bus se balanceaba, y el conductor, que se había dormido, roncaba suavemente. Afuera, el resto de luz brumosa era de un color amarillo pálido, y la tempestad tronaba en la distancia. La mujer a mi lado se recostó en el espaldar y

cerró los ojos, y lo mismo hicieron los demás mientras yo canturreaba para ellos en lo que era sin duda una lengua antigua y sagrada.

'El Mentiroso' fue originalmente publicado en inglés bajo el título 'The Liar'. Forma parte del libro de cuentos de Tobias Wolff *In the Garden of the North American Martyrs*. Ha sido incluido en varias antologías colectivas en inglés.